



Operación militar «socorro»: cincuenta años después

Artículos originales: HISTORIA

Recibido: 15/04/2021

Aprobado: 03/07/2021

Publicado: 14/10/2021

Jaime Miguel Taype Castillo
Centro de Altos Estudios Nacionales-CAEN
jmtc2012@hotmail.com

RESUMEN

La tarde del 31 de mayo de 1970, un terremoto y alud desapareció la ciudad de Yungay, en Ancash. Este trágico suceso, al igual que una guerra, exigió la intervención de las Fuerzas Armadas del Perú a través de una operación militar para el rescate de los sobrevivientes, la remoción de escombros y la reconstrucción de las poblaciones afectadas. Esta investigación tiene por objetivo describir la intervención de los militares peruanos en acontecimientos no bélicos ni políticos, sino más bien en acciones de auxilio a la población afectada por los fenómenos de origen natural. Para ello se ha empleado principalmente fuentes castrenses, los mismos que brindan importante información pero que casi siempre pasan desapercibidos entre las investigaciones existentes sobre el tema.

PALABRAS CLAVE: Terremoto, Yungay, rescate, Fuerzas Armadas del Perú

Military operation «Socorro»: fifty years later

ABSTRACT

On the afternoon of May 31, 1970, an earthquake and avalanche disappeared the Yungay city, in Ancash. This tragic event, like a war, required the intervention of the Peruvian Armed Forces through a military operation to rescue the survivors, remove debris and rebuild affected populations. The objective of this research is to describe the intervention of the Peruvian military in non-war or political events, but in actions to help the population affected by the natural disaster. For this, military sources have basically been used, the same ones that provide important information but that almost always go unnoticed among the existing investigations on the subject.

KEYWORDS: Earthquake, Yungay, rescue, Peruvian Armed Forces

Introducción

Mientras concluye la redacción del presente artículo, el Perú ha cumplido los 50 días de cuarentena con motivo de la aparición y propagación de la epidemia denominada Coronavirus o COVID-19, el mismo que desde semanas atrás, al igual que una gran ola provocada por un Tsunami, venía cubriendo a la población de los diferentes países de planeta.

Para el caso peruano, a partir de la segunda quincena del mes de marzo del 2020, se comenzó a ver a nivel nacional, el desplazamiento de personal del Ejército junto con el resto de las Fuerzas Armadas para desempeñar la protección y control de la población, conforme a la disposición del gobierno de declarar el Estado de Emergencia, el mismo que derivó en el «aislamiento social» con que se buscaba aminorar los efectos de la pandemia.

¿Era la primera vez que los militares peruanos intervenían en una situación no bélica ni política pero que comprometía la seguridad de la población del país? La historia contemporánea nos manifestaba que no, particularmente frente a sucesos trágicos provocados por la naturaleza y que siempre han estado presentes en la historia del Perú.

Al respecto, hace 50 años atrás, los relojes marcaban las 3:20 de la tarde del domingo 31 de mayo de 1970 y la mayoría de peruanos, aún alrededor de una radio o frente a algún televisor que proyectaba las imágenes en «blanco y negro», comentaban sobre el partido de fútbol que habían disputado los equipos de la URSS y México, como parte del campeonato mundial de fútbol que tenía como anfitrión al país azteca. Todo parecía indicar que ese domingo culminaría sin mayores novedades, solamente a la espera de la participación del equipo peruano dirigido por Waldo Pereira, Didí, que se enfrentaría en los siguientes días contra Bulgaria (El Comercio, 2000: 151). Eran los años en que el país era gobernado por el General de División Juan Velasco Alvarado, quien llegó al poder a comienzos de octubre de 1968 tras deponer al arquitecto Fernando Belaunde Terry, quien enfrentaba serios cuestionamientos políticos (Taype, 2018: 47-53).

Pero una vez más, la naturaleza demostraría lo impredecible que puede ser esta. Siendo aproximadamente las 15:23 horas de ese mismo día,

un terremoto sacudía gran parte del país, causando terror, destrucción y muerte en diferentes ciudades del país, particularmente las localizadas en el Callejón de Huaylas, donde la belleza de sus imponentes nevados se vieron opacados por la tragedia «*Este sismo afectó severamente unos 80.000 km² [...] las edificaciones de adobe fueron destruidas en un 100%*» (Kuroiwa, 1999: 11).

El terremoto acompañado por un posterior alud convirtió la entonces ciudad de Yungay en un gran cementerio, quedando sólo como evidencia de su existencia las copas de cuatro palmeras que se levantaban en su plaza principal. Los sobrevivientes debían enfrentar ahora, no solo el dolor de sus heridas, sino también la muerte de sus familiares, la falta de comida y abrigo, así como de los servicios básicos. «Yungay hermosura» junto con la mayoría de sus habitantes, había quedado en pocos segundos, sepultada bajo toneladas de lodo y piedras

¿Qué hacer cuando las vías de comunicación terrestre y el único aeropuerto de la zona han sido destruidos por el terremoto, el puerto marítimo más cercano se encontraba a varios kilómetros de distancia y mientras en los Andes, sin radio ni teléfono, los sobrevivientes esperaban por ayuda inmediata?

Esa misma pregunta se la hicieron las autoridades del gobierno, así como los mandos de las Fuerzas Armadas, cuando se les encomendó a estos últimos la misión de llegar a la zona del desastre y tomar contacto con los supervivientes del terremoto. Ante el reto que les imponía el fenómeno geológico, y como si ésta fuera una situación de guerra, los militares diseñaron una operación a la que denominaron «Socorro» y de acuerdo con sus campos de acción (aire, mar y tierra), las tres fuerzas pronto se movilizaron hacia la región afectada, esta vez no para conquistar un objetivo enemigo, sino para rescatar a los que permanecían aún con vida.

Ante ello, el presente artículo tiene por objetivo describir la intervención de los militares peruanos en un acontecimiento no bélico ni político, sino de auxilio a la población afectada por un terremoto y alud. En la referida operación, se combinarían la creatividad, precisión y el peligro al que estuvo expuesto el personal militar sobre la zona afectada, a fin de cumplir con la misión de llegar hasta los poblados más altos y pequeños del Callejón de Huaylas. Los militares peruanos en aquella oportunidad se convirtieron



en la primera avanzada de toda la ayuda nacional e internacional que comenzó a organizarse y llegar en los días siguientes. Y para alcanzar ese objetivo, no debían fallar.

Una tarde cubierta por tragedia

En la tarde del domingo 31 de mayo, un violento terremoto sacudía gran parte del Perú. El epicentro del movimiento se localizó en el mar, a 80 kilómetros de la costa de Chimbote y siendo su intensidad los 7.8 grados en la escala de Richter y de 8 grados en escala de Mercalli. La duración del movimiento, de acuerdo a la ubicación de las ciudades sacudidas fue entre 40 y 140 segundos, según el Instituto Geográfico Nacional (El Comercio, 2000: 16).

Las ciudades de Casma, Chimbote y Huarney, así como el área del Callejón de Huaylas en la región Ancash, sufrieron las mayores consecuencias en daños materiales y de víctimas. Trujillo, Huacho y Lima se vieron también afectadas, pero en menor grado, sin que esto impidiera el pánico entre la población (Giesecke, Silgado; 1981: 57). En la ciudad capital, el sismo se registró en seis grados en escala de Mercalli y, aunque causó daños de consideración, las consecuencias más graves se dieron en las ciudades norteñas (El Comercio, 2000: 16).

La tierra comenzó a sacudirse con tal violencia y por un prolongado tiempo, que a muchos hizo pensar que era el inicio del «fin del mundo». En el Callao, las personas que caminaban cerca al imponente obelisco vecino al terminal marítimo, veían con terror como la construcción se movía de un lado a otro, mientras que la basura en las calles era levantada por un inusitado «ventarrón» (E. Lévano, comunicación personal, 13 de abril de 2001). Cerca de la isla San Lorenzo, un grupo de pescadores trataba de controlar la embarcación en que navegaban, producto del violento vaivén de las olas mientras que un sin número de burbujas salían de ellas (H. Lévano, comunicación personal, 31 de agosto de 2008).

En Trujillo y Chiclayo, las casas construidas con adobe se «vinieron abajo» por efecto del movimiento, mientras que las hechas con barro y quincha, se meneaban por acción de las ondas sísmicas (E. Rosales, 28 de marzo de 2015). En el Callejón de Huaylas, las ciudades de Huaraz, Caraz y Yungay

serían destruidas no sólo por el mismo movimiento «[...] el sismo más mortífero ocurrido en el Hemisferio Occidental en el siglo XX» (Kuroiwa, 2005: 123).

En efecto, a pocos segundos después del terremoto, una parte del glaciar central del nevado Huascarán se desprendió y su violenta caída causó un aluvión de grandes proporciones, que sepultó por completo las localidades de Ranrahirca y Yungay, ésta última considerada como una de las ciudades más bellas del Callejón de Huaylas (Espinoza, 2018, p. 33). «[...] como si esto fuera poco, la Cordillera Blanca al ser violentamente sacudida, los glaciares y lagunas occidentales amasaron una densa capa de material aluviónico que sepultó los pueblos florecientes de Yungay y Ranrahirca [...]» (Fernández Prada, 1983: 335).

Nuestro vehículo, una camioneta Chevrolet, modelo 1969, de tres cuartos de tonelada, saltaba verticalmente con tal fuerza que era difícil su control [...]. Abandonamos nuestro vehículo prácticamente cuando el terremoto estaba terminado. Escuchamos un ruido de baja frecuencia, algo distinto [...]. El ruido procedía de la dirección del Huascarán y observamos entre Yungay y el nevado, una nube gigante de polvo, casi color arcilla. Se había producido el aluvión; parte del Huascarán Norte se venía abajo. Eran aproximadamente las 15:24 horas. (Giesecke, Silgado; 1981: 57)

El rápido desplazamiento de la avalancha no permitió a la mayoría de su población ponerse a salvo. Solo lograron sobrevivir 2 mil de los más de 20 mil habitantes de Yungay, al conseguir refugiarse en el cementerio de la localidad, la que se levanta sobre una colina artificial (Taype, 2015: 68).

[...] el último lugar que nos ofrecía una relativa seguridad contra la avalancha, era el cementerio, construido sobre una colina artificial, una huaca incaica [...]. Ya en este, atiné a voltear la vista a Yungay. En ese momento se podía observar claramente una ola gigantesca de lodo gris claro, de unos setenta metros de alto, que comenzaba a romperse en cresta y con ligera inclinación e iba a golpear el costado izquierdo de la ciudad. Esta ola no tenía polvo. En nuestra carrera sobre las escalinatas, logramos alcanzar la segunda terraza y encontramos la vía de la tercera terraza, más obs-

truida, y con un hombre, una mujer y tres niños tratando de alcanzarla. Nos desviamos a la derecha, sobre la misma segunda terraza, cuando como un golpe seco de látigo, una proporción de la avalancha alcanzó el cementerio en su parte frontal, prácticamente a nivel de la segunda terraza [...]. Se oscureció el cielo por la gran cantidad de polvo, posiblemente originado por las casas destruidas en Yungay. Volteamos a mirarla: Yungay con sus veinte mil habitantes habían desaparecido [...]. (Giesecke, Silgado; 1981: 59-60)

Los terribles momentos que se vivió durante esos instantes del alud sobre Yungay, quedarían luego grabados en algunas placas que hasta hace ocho años atrás se apreciaban en el referido cementerio, en que se podía leer las expresiones de los sobrevivientes, como sucedió con una niña que escuchó a su madre decir: «*Suéltame y sálvate, hija mía*».

Por cosas del destino o por obra de un milagro en medio de la tragedia, la mayoría de los sobrevivientes fueron niños, debido a que éstos, en esos momentos participaban de una función circense instalada en un campo deportivo, en las afueras de Yungay (El Comercio, 2000: 16). La localidad de Ranrahirca, que ya había sufrido las consecuencias de un aluvión en 1962, también fue cubierta por el lodo, pereciendo sus tres mil habitantes (Klarén, 2011: 23).

Solo 4 palmeras sobrevivieron a la destrucción total de Yungay [...]. Y aún siguen en pie, como símbolo permanente de un pueblo que no quiere morir. Siguen todavía desafiando al hermoso, pero desafiante patrón tutelar nevado [...] El Huascarán [...]. Es interesante esclarecer que la ciudad de Yungay ha sido varias veces destruida por esta clase de fenómenos naturales [...]. Es indudable que los antiguos peruanos que ocuparon Yungay hace miles de años, conocían esta problemática e inteligentemente, optaron por construir una colina artificial fuera del alcance peligroso del fenómeno, en donde vivían seguros y protegidos, además, de posibles incursiones de vecinos belicosos. Esta construcción preincaica sobresaliente, en donde los yungainos modernos construyeron su cementerio y erigieron un Cristo protector y admonitorio al Huascarán, salvó a las 91 escasas personas que sobrevivieron [...] (Escobar, 1976: 20).

En Chimbote y Huarney los daños también fueron cuantiosos y las principales vías de acceso, como la carretera Pativilca-Huaraz se hallaban cortadas y bloqueadas, lo que dificultó al principio el arribo de ayuda para los damnificados. Además del hundimiento de varios tramos de la carretera, se produjo una inusitada filtración de agua y arena (Taype, 2015: 99).

Ante esta situación, el gobierno decretó ocho días de duelo nacional y estableció en Chimbote el Centro de Operaciones del Comité Nacional de Emergencia. Se tendieron puentes aéreos entre Lima y Chimbote con la finalidad de evacuar a los heridos graves (Fernández Prada, 1983: 335).

En Palacio de Gobierno se ha establecido «el cerebro» de las operaciones de emergencias. El elegante salón de Pizarro se ha convertido en un lugar de intenso ajeteo. Allí tiene su centro de operaciones el Estado Mayor Conjunto de la Fuerza Armada que dirige las operaciones de socorro a los damnificados y de rehabilitación de las ciudades y pueblos devastados por la catástrofe del 31 de mayo. [...] «Estamos trabajando como si nos encontráramos en estado de guerra» señaló el Coronel del Ejército Enrique Falconí Denegri, Jefe del Estado Mayor, al remarcar la actividad que se despliega para socorrer a las poblaciones afectadas. [...] En los mapas aparecen señales de distintos colores precisando el movimiento de tropas y aviones, los puestos de socorro y los hospitales de campaña. (La Prensa, 1970: 3)

La ayuda internacional no se haría esperar, mientras el gobierno peruano daba las directivas para socorrer a los sobrevivientes y heridos de las zonas afectadas por el alud. Las fuerzas armadas, por su parte, se aprestaban para desarrollar la aproximación sobre la zona del desastre.

La ayuda viene del cielo, mar y tierra

La serranía de Ancash se encontraba totalmente aislada, debido a que las carreteras fueron destruidas por el movimiento sísmico, quedando bloqueada toda comunicación. Esta situación se agravó al no ser posible el uso del teléfono ni la radio y la única pista de aterrizaje de la zona, en Caraz, estaba seriamente



Imagen 1:
Personal del
Ejército y
pobladores
rehabilitan
las vías para
la llegada
de ayuda
a Yungay
(Fuente:
Revista
Actualidad
Militar, junio
1970).



Imagen 2:
Evacuación
de heridos en
helicópteros
militares
(Fuente:
Revista
Pensamiento
Conjunto,
2015).



Imagen 3:
Traslado
de niños
sobrevivientes
y sus
pertenencias
por la Policía
Aérea (Fuente:
FAP).

dañada. Solo quedaba la posibilidad de emplear paracaidistas (Ministerio de Guerra, Revista Actualidad Militar; 1970, 7-9).

Enterado de la situación, el Presidente de la República, General Juan Velasco Alvarado se reunió con su gabinete y a las 23:00 horas del mismo 31 de mayo, se dirigió con varios de sus ministros a la base naval del Callao donde abordó el BAP Bolognesi, partiendo al puerto de Chimbote a fin de tener una mejor apreciación de lo acontecido y dictar las medidas necesarias al respecto (Ministerio de Guerra, Revista Actualidad Militar; 1970, 4-9).

[...] En Chimbote, el general Velasco dictó las disposiciones del caso para iniciar las tareas de auxilio y el planeamiento de la reconstrucción. Lo notable [...] es la prontitud con que se tomaron las decisiones y se movilizaron todas las fuerzas nacionales. (Ministerio de Guerra, Revista Actualidad Militar; 1970: 7)

Al llegar al puerto ancashino, inmediatamente el general Velasco abordó un helicóptero de la Fuerza Aérea del Perú (FAP), sobrevolando las zonas afectadas, no pudiendo descender a éstas por la polvareda que aún se mantenía en estas. Ante esto, el gobierno emitió el



Comunicado Oficial N° 38, que daba comienzo a la «Operación Socorro» con el cual las Fuerzas Armadas se encargarían de socorrer a los damnificados, además de elegir a Chimbote como Centro de Operaciones de Emergencia. Junto con ellas colaborarían las diferentes instituciones civiles.

Con la «Operación Socorro», los primeros en llegar a los pueblos altoandinos ancashinos fueron los paracaidistas del Ejército, sumándose luego los de las fuerzas policiales (Ministerio de Guerra, Revista Actualidad Militar; 1970: 4-9), así como la movilización de las tropas de la Segunda Región Militar, con sede en el Rímac (Lima), y otros destacamentos de distintos puntos del país (Ministerio de Guerra, Revista Actualidad Militar; 1970: 15-16).

Para una mejor coordinación del apoyo militar, fue nombrado Jefe Militar y Político de dicha zona el teniente coronel EP. Enrique Flores Corzo, quien se lanzó en paracaídas al mando de cien hombres, incluyendo médicos y enfermeros de la sanidad militar, mientras que el general Augusto Freyre García era nombrado jefe militar de Chimbote (Ministerio de Guerra, Revista Actualidad Militar; 1970: 15). «Esta operación exitosa resultó ser el primer apoyo que recibieron los damnificados por el terremoto [...]» (EPE, 2009: 107).

El primero en caer sobre Yungay, en medio de una polvareda gris, fue el entonces capitán Ismael Cornejo Alvarado, quien inmediatamente armó los equipos en tierra. Se comenta que el general Velasco, al conocer de la gravedad de la tragedia, mandó a llamar al director de la Escuela de Paracaidistas del Ejército y al preguntarle si podía saltar sobre la zona devastada —en tono de orden— el oficial paracaidista, cuadrándose y haciendo el respectivo saludo militar le respondió con voz ronca: ¡Sí podemos, mi General!. Durante los saltos, los paracaidistas militares tuvieron que sortear las gigantescas rocas que desde el cielo no eran percibidas producto de la polvareda que aún se mantenía sobre el área (M. Alvarado, comunicación personal, 3 de octubre de 2019).

De esta forma se inauguraba el empleo pacífico y humanitario a gran escala de estos elementos que, hasta ese momento, solo habían realizado saltos de entrenamiento o colaborando aisladamente en algunos casos de emergencia local, lanzado víveres o material militar (Ministerio de Guerra, Revista Actualidad Militar, 1970: 7-9). «Personal del Ejército,

junto con su sanidad militar, saltaron en paracaídas sobre la zona, enviándose a través de ese medio, alimentos, medicinas y abrigo» (El Comercio, 2000: 17).

Por su parte la FAP estableció puentes aéreos y trasladó a los heridos más graves a la capital peruana. Mientras tanto, la Armada movilizaría sus buques frente a las costas de Chimbote trasladando víveres, personal naval y de la sanidad, además de otros elementos necesarios para la población sobreviviente, así como recibir a los heridos más graves.

Ejemplos de ello fueron las acciones desempeñadas por el BAP «Rodríguez» y «Coronel Bolognesi», donde se realizaron intervenciones quirúrgicas o se estabilizaba a los heridos que luego eran trasladados al Callao, mientras el BAP cisterna «Mantilla» transportaba mil toneladas de agua potable a la zona afectada.

Durante el traslado, adultos y niños recibieron esmeradas atenciones a bordo. Los médicos, sanitarios, jefes, oficiales y la tripulación del buque brindaron todo tipo de facilidades y atenciones a las víctimas, buscando consolar su dolor y desgracia [...] entre el personal naval se recolectó 100 litros de sangre para los heridos. (Taype, 2015: 133)

Los vuelos de las aeronaves para el lanzamiento de cargas y de personal se iniciaban al aparecer los primeros rayos del sol y finalizaban al anochecer, aprovechándose al máximo la luz del día. La topografía agreste de los Andes fueron en todo momento un riesgo permanente para las misiones aéreas, particularmente cuando se hacía la búsqueda de pueblos escondidos entre los valles interandinos, teniendo que volar las aeronaves cargadas de víveres, abrigos y medicina sobre las montañas. Durante las operaciones aerotransportadas fueron trasladadas y lanzadas en paracaídas un total de 979, 615 kilos de carga diversa» (Villanueva, 1998: 135).

Durante las horas de luz del día, sobre los cielos ancashinos se dejó caer vituallas, mediante técnicas de caída libre sin paracaídas, semi-libre con paracaídas sobrecargado, con paracaídas de carga normal, empleándose también lanzamientos de entrega aérea de combustible y carga diversa en vuelos rasantes con aviones C-130 que operaban, especialmente estos últimos, sobre el aeropuerto de Anta. (Taype, 2015: 101)

Para el caso del Ejército, además de movilizar a su personal para la ubicación, seguridad de las poblaciones afectadas y remoción de escombros, también envió sanidad militar para el tratamiento de heridos, evacuación de pacientes graves tanto a Lima y Chimbote, instalando un hospital quirúrgico móvil en Anta, así como la coordinación con otros nosocomios, como el hospital quirúrgico francés, de Huaraz, Carhuaz, y las postas de los diferentes poblados ancashinos.

Entre el 01 y 02, además de la primera avanzada de paracaidistas militares, un convoy militar partía de la capital con dirección a Chimbote trasportando una compañía de Ingeniería Militar [...] mientras el Servicio de Trasmisiones del Ejército, inició la tarea para el restablecimiento de las líneas telefónicas, a fin establecer las comunicaciones del departamento de Ancash con el resto de la república. (Revista Actualidad Militar, 1970: 15)

En Chimbote, por ejemplo, se instaló una compañía de ingeniería militar e infantería que se encargó de la remoción de escombros y construcción de caminos, sucediendo lo mismo en Paramonga, Huarmey y el Callejón de Huaylas. Con la habilitación de las vías a cargo de los militares, fue posible la posterior llegada por tierra de la ayuda para las poblaciones damnificadas (Taype, 2015: 73).

La entonces Red de Trasmisiones del Ejército estableció una conexión continua entre Lima (Estación central del Comité Nacional de Emergencias) con Chimbote (Puesto de Comando de la Costa) y Anta (Puesto de Comando de la Sierra). También logró la comunicación con los diferentes poblados en las serranías de Ancash, así como el establecimiento de una Red de Alerta en la zona donde ocurrió la tragedia, siendo las principales Yungay y Anta. «*El gobierno tuvo que invertir grandes recursos en las tareas de reconstrucción*» (Aguirre, 2018: 47).

A nivel de transporte, se envió [sic] convoyes empleando vehículos militares y civiles trasladando raciones de campaña para los damnificados. Además, tropas del Ejército trabajaron en el área rehabilitando los canales de regadío destruidos por el sismo, a fin de normalizar los riegos para que los campesinos no perdieran sus cosechas. (Taype, 2015: 73)

Numerosas instituciones nacionales, al igual que la población, se organizó para enviar ayuda o participar de ella. Es así que escolares y estudiantes universitarios también se movilizaron para prestar apoyo. En medio de esta coyuntura, un pequeño grupo de universitarios de tendencias radicales pretendieron aprovechar la tragedia para generar un clima de descontento en la población ancashina y provocar una reacción «revolucionaria», pero sus pretensiones no lograron prosperar (M. Gálvez, comunicación personal, 20 de abril de 2015).

Pero los medios de transporte y socorro nacionales no eran suficientes para atender las innumerables demandas por ayuda y atención médica. Ante esta situación, el apoyo internacional no se hizo esperar.

Ayuda internacional llega a Ancash

Enterados de la tragedia que había sucedido en Perú, países de diferentes partes del mundo no dudaron en extender su mano amiga al país sudamericano. Es así que durante los primeros días de junio de ese mismo año, tanto en el aeropuerto internacional Jorge Chávez, Grupo Aéreo No 8 y en los puertos del Callao y Chimbote comenzaron arribar ayuda sanitaria (humanas y materiales) procedente de Alemania, Argentina, Brasil, Canadá, Chile, Estados Unidos, Francia, Cuba, España, y muchos más, además del Ejército de Salvación, todos ellos trayendo sus implementos médicos y hospitales móviles. A esto también se sumó la cooperación de la Cerro de Pasco Copper Corporación y Southern Cooper Corporation (Toquepala) (Ministerio de Guerra, Revista Actualidad Militar, 1970: 14).

Por ejemplo, los Estados Unidos de América se hizo presente en Chimbote con su portaviones «Guam» que trasladaba más de una docena de helicópteros tipo Chinook que fueron empleados en las labores de traslado de víveres, así como de heridos del Callejón de Huaylas, mientras que el portaviones también servía como hospital naval (Fernández-Prada, 1983: 339). «*Médicos bilingües paracaidistas estadounidenses, a bordo de aviones C-113, actuaron especialmente sobre la provincia de Siguan, en Ancash*» (Villanueva, 1998: 144)

Por su parte, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) envió equipos médicos que brin-



daron valiosa asistencia a los heridos, así como prestar algunos helicópteros MI-8. No obstante, otro grupo de médicos soviéticos perecieron al caer el avión que los traía al Perú. Los vínculos estrechos con la Unión Soviética se vieron facilitados por la rápida respuesta humanitaria de dicho país. *«El gran terremoto de Huaraz de 1970 fue ocasión para que la URSS pusiera en marcha un puente aéreo de socorro que funcionó bastante bien. [...] donó a la fuerza aérea los helicópteros que habían sido usados durante la emergencia»* (Zapata, 2018: 174).

Moscú se ganó el aprecio de parte significativa de la población peruana, a través del apoyo brindado luego del terrible terremoto del 31 de mayo de 1970 [...]. Los equipos médicos soviéticos dieron valiosa asistencia a los heridos y también contribuyeron a aliviar la situación el préstamo de algunos helicópteros MI-8. Un equipo médico de setenta soviéticos perdió la vida en esta operación, cuando el avión que los traía de Rusia a Perú se precipitó en el Mar del Norte. (Masterson, 2001: 358)

Respecto a la ayuda brindada por la entonces URSS, esta se hizo presente en el Perú el 17 de julio de 1970, cuando el avión ANTONOV-AN22 (por entonces el más grande del mundo) y luego de sobrevolar 16, 200 kilómetros, aterrizó en el Grupo Aéreo N° 8 del Callao, trayendo a bordo maquinaria pesada para la construcción de carreteras, 100 casas pre-fabricadas, tres helicópteros MI 8, un hospital de campaña para 200 personas con todo su personal e instrumental médico, 3 jardines de infancia, medicinas, ropa de abrigo y alimentos, así como vehículos de transporte. Este era el primero de la flota de aviones soviéticos que arribarían a nuestro país en los siguientes días, sumando en total 22 viajes (Fernández-Prada, 1983: 341-45).

Pero la tragedia nuevamente se hacía presente en plena acción solidaria. Al día siguiente del arribo del primer avión soviético en el Callao, otro Antonov An-22 CCCP-09303, que transportaba alimentos y medicamentos para las víctimas del terremoto de Áncash, se precipitó al océano Atlántico, desapareciendo en sus aguas.

Fueron en total 22 personas, entre tripulantes y médicos, quienes perdieron la vida. La referida aeronave había partido de la base de Keflavík, ubicada en

Islandia. Solamente se encontraron algunos fragmentos del fuselaje y de su carga (Andina, 2019).

Asimismo, la caída de un avión perteneciente a la Fuerza Aérea Argentina y la muerte de su tripulación causarían hondo pesar entre los peruanos, debido a que el trágico accidente ocurrió mientras éste sobrevolaba lanzando víveres sobre los poblados en las alturas de Ancash. Entre su tripulación también se encontraban militares peruanos.

La aeronave militar argentina era un carguero bimotor Fokker No 27, que llamaba la atención de sus pares peruanos por su elegante silueta, su amplia capacidad de carga, y ser más moderna y potente en comparación a nuestras aeronaves tipo C-46 y C-47 con que la FAP venía operando. Su presencia en suelo peruano hizo que nuestros paracaidistas buscaran ser considerados en las misiones que desempeñaría el avión argentino (Villanueva, 1998: 136).

El 10 de junio de 1970, a las 08:21 horas, había decolado en el aeropuerto internacional Jorge Chávez, el avión bimotor «F-27» N° TC-75 de la Fuerza Aérea Argentina llevando víveres, medicamentos y vestuario a las localidades ubicadas a lo largo del río Pativilca, en auxilio a los damnificados. (Fernández-Prada, 1983: 336)

Con la tripulación y carga a bordo de la aeronave, esta despegó nuevamente poco después de haber aterrizado en «Jorge Chávez», con destino ahora a la provincia de Bolognesi y luego al aeropuerto de Anta. Mientras sobrevolaba el valle del río Congas, el avión se aproximó rápidamente a la población de Vista Alegre, iniciando el lanzamiento de diez fardos que contenían víveres y ropa, para luego continuar su trayecto, lanzando más paquetes con el mismo contenido sobre el poblado de Congas. Estas acciones se hicieron sobrevolando a una altura de trescientos metros del suelo (Villanueva, 1998: 136).

El Fokker giro para hacer un nuevo pasaje sobre Vista Alegre y Congas. La máquina descendió 120 metros a fin de que los fardos lanzados sufrieran menos dispersión y desvío. Sin embargo, los contrafuertes en Congas sobrepasaban en altura con referencia a la que se encontraba el avión argentino, obligando a dirigir la máquina sobre el eje del cada vez más estrecho valle que forma el río Congas.

En esa zona se podía sentir el frío intenso y penetrante, que por momentos hacía doler la cabeza y encoger los pies de los tripulantes, acompañados del ruido característico producido por el esfuerzo de los motores de la aeronave que buscaba ganar altura. Ver las rocas pasar a poca distancia de las alas, la turbulencia de la nave y la incapacidad de saltar en paracaídas por el poco espacio para desplegar el velamen, hacían indicar que algo no andaba bien.

El piloto trató de ganar altura inútilmente, estábamos encajonados en una terrible y escarpada quebrada en cuyas paredes íbamos quedando atrapados [...] ¡Nos estrellamos! Dijo el ingeniero de vuelo [...] el avión continuó trepando, perdiendo fuerza e inclinándose ligeramente hacia la derecha e intentando sobrepasar las alturas que ya casi coronaba [...] encontrándose con una elevación mayor, el cerro Huacacocha a 3,963 msnm, en cuya cumbre se estrelló. (Villanueva, 1998: 138)

Eran aproximadamente las 9 de la mañana cuando pasando por Congas, ubicado a 97 km de Paramonga, el piloto trató de ganar altura, pero ya era demasiado tarde. Los sonidos que se escuchaban producto del choque de las alas de la aeronave con las peñas, provocaron el sobresalto entre la tripulación, hasta finalmente estrellarse en una enorme roca, produciéndose un terrible estruendo e incendio (Revista Actualidad Militar, 1981: 37).

El paracaidista José Díaz Salazar, que por entonces era suboficial del Ejército del Perú e integrante de la tripulación accidentada, narraría tiempo después detalles de la tragedia.

[...] con el estruendo del choque se sintió una fuerte explosión y el fuego apareció por todos lados...me quite el paracaídas rápidamente y agradecí a Dios estar sano y salvo [...]. La cola estaba partida y la punta apuntando al cielo, todo lo demás era escombros y en el centro de ellos se encontraban de fardos que habían amortiguado mi caída[...] a pocos metros descubrí a mi compañero Ríos Cabanillas tendido e inconsciente[...] le quite el paracaídas y lo cargue a una distancia de 30 a 50 metros del avión, comprobando que estaba con vida pero inconsciente [...] volví y encontré al suboficial argentino Raymundo Signorelli [...] su

brazo izquierdo se estaba quemando, su rostro estaba desfigurado y presentaba una profunda herida a la altura del estómago [...] a pesar de ser alto y fornido lo pude trasladar junto con Ríos [...] en ese trayecto ocurrió una explosión en el avión [...] nuevamente retorné y encontré al suboficial Luís Vera, trasladándolo junto con el resto de heridos [...] luego encontré a Melo Bustamante que presentaba una de sus piernas totalmente triturada y que por su aspecto, me hizo comprender que había perdido la vida [...] Poco después el suboficial Signorelli balbuceaba palabras diciendo ¡Ayúdame por favor!, ¡Avisa a mi Base de Palomar para que nos auxilien! [...] el militar argentino comenzó a delirar por el intenso dolor [...]. (Villanueva, 1998: 139-140)

El suboficial peruano sobreviviente Juan Díaz Salazar, comenzó su caminata por las montañas en búsqueda de ayuda para sus compañeros heridos (los suboficiales Ríos y Vera), encontrándolo en un pueblito ubicado a dos horas donde ocurrió el siniestro, para luego dirigirse a Congas con ayuda de un niño campesino a solicitar más apoyo y dar aviso a las autoridades de lo ocurrido. Los pobladores y autoridades lograron llegar a la nave y trasladar en improvisadas camillas a los tripulantes que luchaban por sobrevivir (Fernández-Prada, 1983: 336-337).

Sin embargo, sólo sobrevivieron los suboficiales Luís Vera, Gabino Ríos y Juan Díaz. El suboficial argentino Oscar Raymundo Signorelli falleció horas después como consecuencia de sus graves heridas, mientras que el resto de sus connacionales perdió la vida instantáneamente al estrellarse el avión (Villanueva, 1998: 142). Por el lado peruano, el SO Demetrio Melo Bustamante, a sus 23 años, había entregado su vida en el cumplimiento del deber (Fernández-Prada, 1983: 337).

[...] se ofició una misa de cuerpo presente; luego el Ministro de Relaciones Exteriores, General de División Edgardo Mercado Jarrín, en representación del Supremo Gobierno y en forma póstuma impuso la condecoración de la «Orden del Sol del Perú» por «Acción Distinguida» en el grado de «Oficial» a los capitanes FAA Hugo Rey y Enrique Sarto y como «Caballero» a los suboficiales Oscar Entezano y Oscar Signorelli [...] Los restos fueron

trasladados a la Base Aérea del Callao y embarcados en el avión presidencial, con destino a la Base Aérea «El Palomar» en Argentina [...]. (Fernández-Prada, 1983: 337-338)

Reflexiones finales

El terremoto y alud ocurrido hace cincuenta años atrás, demostraba una vez lo vulnerable que es el ser humano cuando ocurren este tipo de desastres. Para el caso de los peruanos, esta se agrava no solo por lo agreste de su geografía, sino también por adolecer de una actitud preventiva ante estos fenómenos de origen natural que nos han acompañado en nuestra historia, la cual, si bien no desaparecerá la amenaza, al menos mitigaría sus efectos en contra de la población.

Luego de la tragedia en Yungay, la reacción para socorrer a los sobrevivientes fue casi inmediata, como se ha podido apreciar en las páginas anteriores, empleando mecanismos poco comunes como fueron los paracaidistas militares a manera de avanzada. ¿Fue porque el gobierno de entonces era dirigido por un militar? ¿Fue solo aplicar el sentido común y re-direccionar los medios humanos y materiales con que contaba por entonces el país ante una situación de crisis? ¿O fue acaso la actitud preventiva con que contaban las autoridades –en su mayoría militares- que les permitió reaccionar «sobre la marcha»?

Cada una de estas preguntas y más podrían derivar en futuras investigaciones históricas, las mismas que al ser contrastadas –por ejemplo- con lo sucedido el 15 de agosto del 2007 en la región Ica, y cuya población reclamaba ayuda a las autoridades que permanecían en la capital. ¿Por qué no se emplearon nuevamente a los paracaidistas militares –quienes están preparados para hacer saltos nocturnos, con carga y sobre terrenos hostiles- para socorrer a la población afectada? ¿El recorte presupuestal al sector Defensa impidió aquellas acciones? ¿La casi común «desconfianza» de los políticos hacia los militares no le permitió a estos últimos planear enfocando la tragedia como si fuese una situación de guerra? ¿El déficit de personal militar, particularmente entre quienes a partir de 1999 hacen el servicio militar voluntario, influyó en la demora de la ayuda en agosto del 2007?

Esto último, alcanza hoy a la coyuntura provocada por el virus denominado COVID-19, cuando

la población reclama mayor presencia militar en las calles para hacer cumplir el «aislamiento social» que evite la propagación de la epidemia. Pero curiosamente, fue parte de aquella sociedad la que se opuso a la implementación del Servicio Militar por sorteo entre los años 2012-2013, que no prosperó por el ejercicio de la presión mediática.

Sabemos bien que, por un lado, han existido cuestionamientos sobre los actos de determinados personajes que vistieron el uniforme militar durante la historia republicana de nuestro país, que han sido calificados bajo títulos de «caudillismos», «militarismo», «dictaduras» e incluso de atentar contra los «derechos humanos» en tiempos más recientes, sobre los cuales existe abundante bibliografía y numerosos debates. Sin embargo, no todo fue o es «oscurantismo» en la historia contemporánea de las Fuerzas Armadas del Perú, y las acciones sobre Yungay es uno de los tantos ejemplos de ello, incluyendo la actual coyuntura epidémica. Es por eso que el propósito del presente artículo es mostrar la otra cara de aquella moneda llamada historia institucional.

A medio siglo del terremoto que sepultó a una ciudad alto andina peruana junto con su población y las consecuencias que trajo esta, deben hacernos reflexionar si verdaderamente hemos sacado lecciones de ella.

Hoy, al ingresar en el camposanto que se erige sobre el pueblo de Yungay, se observa amplias y modernas construcciones que podrían albergar cómodamente a medio millar de personas y desde este lugar, al mirar hacia el lado izquierdo del nevado, a lo lejos (pero en escalas geográficas no muy distantes) viene creciendo un poblado con dirección hacia la zona de desastre. ¿Queremos volver a repetir aquella trágica historia en el futuro, allí o en otra parte del país? Solo el tiempo y la historia, nos dirán la respuesta.

Referencias consultadas

- AGENCIA ANDINA (31 de mayo de 2019). Terremoto de Yungay: La historia de los rusos que murieron cuando llevaban ayuda. Recuperado de <https://andina.pe/agencia/noticia-terremoto-yungay-historia-los-rusos-murieron-cuando-llevaban-ayuda-754040.aspx>
- AGUIRRE, C. (2018). ¿La segunda liberación? El nacionalismo militar y la conmemoración del sesquicentena-

- rio de la independencia peruana. En Carlos Aguirre y Pablo Drinot, *La revolución peculiar: Repensando el gobierno militar de Velasco*, 41-70. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- EL COMERCIO (2000). *El siglo XX de El Comercio, 1960-1969*. Lima: Plaza & Janés S.A.-Editora El Comercio.
- EL COMERCIO (2000). *El siglo XX de El Comercio, 1970, 1979*. Lima: Plaza & Janés S.A.-Editora El Comercio.
- ESCOBAR, J. (1976). Las palmeras de Yungay. *Revista Actualidad Militar*, XV, 221, 20-21.
- ESCUELA DE PARACAIDISTAS DEL EJÉRCITO (2009). *50 años de la Escuela de Paracaidistas del Ejército del Perú, 1959-2009*. Lima: EPE.
- ESPINOZA, P. (2018). Rescate en la montaña. *Revista Actualidad Militar*, 515-VI, 32-33.
- GIESECKE, A.; Silgado, E. (1981). *Terremotos en el Perú*. Lima: Ediciones Rickchay Perú.
- FERNÁNDEZ PRADA, A. (1983). *La aviación en el Perú*, tomo III, 1960-1973. Lima: Editorial Universo S.A. 2da ed.
- KLARÉN, P. (2011). *Nación y sociedad en la historia del Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 3ra ed.
- KUROIWA, J. (1999). *Prevención de desastres: Viviendo en armonía con la naturaleza*. Lima: Editorial Bruño.
- LA PRENSA (11 de junio 1970). Palacio de Gobierno se ha convertido en Centro de Operaciones de Emergencia. Año LXVI, N° 29.488, 3.
- KUROIWA, J. (2005). *Reducción de desastres. Viviendo en armonía con la naturaleza*. Lima: Editorial Bruño.
- MASTERTSON, D. (2001). *Fuerza Armada y la sociedad en el Perú moderno: Un estudio sobre las relaciones civiles militares 1930 – 2000*. Lima: Editorial del Instituto de Estudios Políticos y Estratégicos.
- MINISTERIO DE GUERRA (1970). Terremoto, conmovedora solidaridad. *Revista Actualidad Militar*, vol. 9, 152, 4-9.
- MINISTERIO DE GUERRA (1970). Síntesis de la Ayuda del Ejército en las zonas afectadas. *Revista Actualidad Militar*, vol. 9, 152, 15-16.
- MINISTERIO DE GUERRA (1970). El Ejército en la zona devastada. *Revista Actualidad Militar*, vol. 9, 153, 14-15.
- MINISTERIO DE GUERRA (1981). Heroica acción de un bravo paracaidista. *Revista Actualidad Militar*, vol. 18, 269, 36-37.
- TAYPE, J. (2015). La ayuda bajó del cielo: La participación del Ejército Peruano en el terremoto de 1970. *Revista Expresión Militar*, 78-II, 66-78.
- TAYPE, J. (2015). Operación Socorro: Las Fuerzas Armadas del Perú frente al terremoto de mayo de 1970. *Revista Pensamiento Conjunto*, N° 2, año 3, 97-104.
- TAYPE, J. (2015). La Marina de Guerra y el terremoto de mayo 1970. *Revista de Marina*, 3, 108, 127-140.
- TAYPE, J. (2018). Los sucesos de la madrugada del 3 de octubre de 1968. *Revista Expresión Militar*, abril-jun, 78-II, 47-53.
- VILLANUEVA, C. (1998). *Paracaidismo buen salto*. Lima: Talleres gráficos Amistad Editores e Impresores.
- ZAPATA, A. (2018). *La caída de Velasco: Lucha política y crisis del régimen*. Lima: Taurus Pensamiento.